

La más original novela de aventuras llevada al lienzo é interpretada por los más famosos artistas, entre los que destaca el genial actor **Harry Liedke** conocido y aplaudido en el mundo entero como protagonista de **Madame Dubarry**, creando de manera magistral el complicado personaje **Pedro Vos**, en:

EL HOMBRE SIN NOMBRE

(9 tomos)

Siguiendo la interesante aventura de esta producción gigantesca desfilan delante del espectador: Copenhague, Castillo de Hamlet, en Helsingor, Scheweweningen, La Haya, Venecia, Trieste, Pirano, Sarajevo, Cattaro, Tetuan, Ceuta, Cádiz, Sevilla, Granada, Madrid, Barcelona, Génova Alpes Suizos (San Moritz) y Munich.

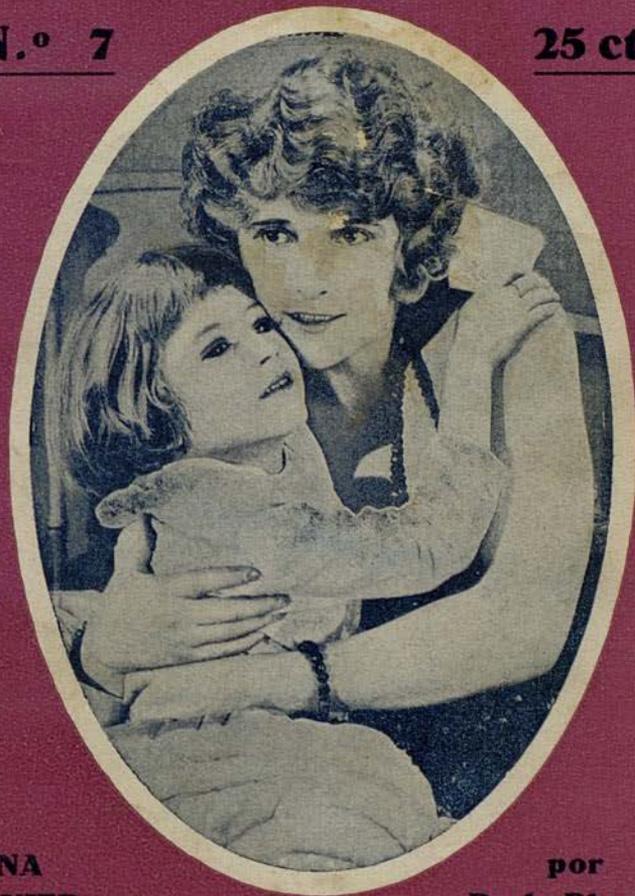
Gran exclusiva de
Cinematográfica Verdaguer S. A.
Consejo de Ciento, 290 - BARCELONA



La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 7

25 cts.



UNA
MUJER

por
Perla Blanca

FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO I

N.º VII

Nos complacemos en saludar desde estas líneas a nuestros distinguidos lectores y desearles un feliz y próspero año nuevo.

La Dirección.

“|||||”
UNA MUJER

por PERLA BLANCA

—
Fox film corporation
—

GRAN EXCLUSIVA DE
CINEMATOGRAFICA VERDAGUER S. A.
Consejo de Ciento, 290



Una hermosa quinta, blanca como el armiño, rodeada de espacioso jardín espléndido, albergaba á tres seres cuya vida se deslizaba

monótona para uno de ellos y absolutamente feliz para los demás.

Esos tres seres eran: Marta, su esposo, el Ingeniero John Meigan, y su hijito Tony.

El tedio hubiera reinado en señor en aquella encantadora villa si Tony no le arrancara el cetro con su risa argentina y su bulliciosa expansión.

No era que Marta y John no se quisieran, no; como quererse, si se amaban, mas la casualidad había querido entregar á un hombre sensato, amantísimo de su hogar que constituía toda su vida, una muñeca ávida de movimiento, de juego de resortes para huir de la cárcel del deber, que era un suplicio para ella.

Sin embargo, Marta no había dejado de ser buena esposa desde que se casara con John y buena madre a partir del momento que tuvo á Tony. Sólo las paredes de su mansion eran testigos de su aflicción moral.

No podía achacársele á John la causa del aburrimiento de su esposa pues su trabajo le ocupaba la mayor parte del tiempo y, muy á pesar suyo, no podía disfrutar tanto como quisiera de la dulce compañía de su Marta y de la alegría de su Tony. Todo lo sacrificaba John por la felicidad de su hogar y el peso de sus obligaciones fuera de él evidenciaban los nobles deseos de dotar á su reducida y adorada familia de las mayores comodidades que ésta pudiera desear. La única recompensa á que aspiraba el ingeniero era ser recibido, de regreso de sus oficinas, por los brazos de su esposa y los gritos de su hijito: «¡Ahí viene papá, ahí viene!». John no necesitaba de dis-

tracciones fuera de su casa, que en ella estaban todas resumidas con ventaja.

— He aquí que un día, cuando Marta pensaba de qué modo proponer á su esposo la llevara al teatro para lucir su nuevo vestido, John recibió un telegrama que reclamaba su presencia



«John no necesitaba de distracciones fuera de su casa...»

en cierta parte para tratar sobre un negocio importante. Esta noticia fué enojosa para entrambos que á un tiempo experimentaron el pesar, John de separarse de los suyos por tres días á lo sumo, y Marta de ver derruido su castillo vanidoso.

Esta vez, contrariamente á su costumbre, Marta no pudo disimular su disgusto por el inoportuno aviso de partida de su esposo y exclamó:

—¿Otro viaje? Cuándo saldremos á lucir mis nuevos vestidos....? ¡Se apolillarán, como todos....!

Lamentando en el fondo de su alma el no poder ser agradable á su esposa, John trató de proponerle una buena solución para poder salir de su casa invitándola, cariñoso, á que con Tony le acompañara en su viaje:

—Acompáñame y gozarás de unos paisajes encantadores; á Tony tampoco le disgustará el viaje....

Marta no comprendiendo el valor de las palabras de su esposo, le contestó displicente:

—Tantas molestias para ver únicamente árboles y desiertas llanuras.... el campo me aburre, bien lo sabes, John....

Conociendo el carácter singular de su esposa, el ingeniero se limitó á aconsejarla, todo bondad:

—Tienes tiempo sobrado para reflexionar.... son tres días que pasaré sin veros....

Y en esto se fué á la ciudad, donde tenía establecido su despacho, á reanudar su interrumpida labor por la comida del mediodía.

Como consecuencia natural de la aversión que sentía por los quehaceres domésticos, en la cocina de la casa de Marta dominaba la anarquía. Una prueba de ello la dió una disputa entre la cocinera y la camarera, por celos en las atribuciones que correspondían á cada una. En su furiosa discusión llegaron á plan-

tear la cuestión de confianza á Marta que por vez primera en su vida puso los pies en la cocina. ¡Cabía mayor heroísmo tratándose de ella!

El gesto de la «señorita» hizo entrar en razón á las dos muchachas que, reconociendo la insólita independencia de que gozaban en la casa, renunciaron á sus rencores y se abrazaron en prueba de perdón mutuo.

Mientras eso sucedía en la Villa, John, en sus oficinas, daba órdenes á su secretario, el ingeniero Felipe Gray, joven, soltero y muy dado á las galanterías tendenciosas autorizadas por el «buen tono».

—Oiga usted, Gray; estos planos deben estar listos esta tarde, porque me los llevaré á Nevrasca para comprobarlos sobre el terreno.... He de tenerlos en mi poder antes de las siete.... Si no estuviera aquí cuando usted los termine, sírvase llevármelos á mi casa....

En la quinta, Marta, absorta en el recuento de su ropa á la que rendía un culto exagerado, en el que invertía largas horas, se vió interrumpida en su importante tarea por su tío el Dr. Gaynor que la visitaba con bastante frecuencia para, conocedor de sus ideas, prodigarle sus consejos, partidarios de las teorías lógicas que forman los buenos espíritus.

—Querida sobrina, acabo de encontrar en la ciudad un piso junto al despacho de tu esposo; supongo que tan casual coincidencia te llenará de gozo, pues alquilándolo podrás comunicarte á cada instante que lo necesites con tu marido, ¿qué te parece?

A la sincera satisfacción de su tío, Marta emitió su parecer:

—Prefiero quedarme aquí, tío; menudo engorro trasladarnos y volver á ponerlo todo en orden....

No era ciertamente esa la razón por la cual Marta declinaba la oferta de su tío: aquella sin darse cuenta de ello puso al descubierto el interés que había cobrado a la Villa. De sus labios salió el secreto:

—Precisamente el otro día el Sr. Gray, secretario de John, dijo que estos jardines eran el mejor marco para mi belleza.... ¡Oh, es un hombre muy galante, el Sr. Gray.... se dice que frecuenta la buena sociedad....!

El Doctor, según era en él costumbre, expuso con la mayor claridad posible su opinión frente á la de su sobrina:

—Conozco á Gray: es de los que consideran obligación «á la moda» flirtear con toda mujer que se cruce en su camino.... y debes tener presente que sólo buscando el bienestar de tu esposo y de tu hijo, obtendrás el tuyo propio.... No debes olvidar que John se siente esclavizado por sus ocupaciones y en beneficio tuyo....

La buena intención del tío no conseguía anidar en el corazón de Marta que, quizá porque se alimentaba de la esperanza de figurar en el mundo elegante, se resistía á participar de cualquier otra idea. Y el amable Doctor tuvo que escuchar, en pago de sus loables propósitos, la exclamación de su sobrina:

—¡Es tan agradable frecuentar la sociedad, sentirse admirada y triunfar en las reuniones!....

—¡Ah, vanidad, vanidad; qué insensata eres!

Una mujer no debiera hablar de este modo, cuando se halla, como tú, ligada á las sagradas obligaciones de un hogar; sólo tu hijo debiera preocuparte en ausencia de tu esposo.... En fin, tengo la seguridad de que, tarde ó temprano, serás cual yo desearía que fueras.... Adiós, Marta; saluda á John; besa al nene de mi parte.... no puedo entretenerme más contigo.... ¡Adiós!

Sola, Marta convino en que su tío era lo mismo que su propio esposo: amante del trabajo, indiferente al jolgorio que llegaba hasta los cristales de su gabinete, desde cuya parte exterior tamborilleaba en ellos para distraerlo, sin conseguirlo nunca. Un carácter semejante había de ser de nacimiento, imposible, según ella, de reproducir en copia.

A la hora fijada se presentó Gray en la casa de su director para entregarle los planos.

Como quiera que hubo de recibirle Marta por no haber regresado aún John, el secretario de éste se deshizo en cumplidos ante ella: instantáneamente compuso esta frase:

No me cansaré nunca, señora Meigan, de bendecir esta ocasión que me permite ofrecerle mis respetos....

La galantería de Gray producía á Marta un efecto halagador. Adoptando un gesto y una voz delicados dijo:

—Mi esposo no ha vuelto todavía; ¿quiere usted aguardarle?

El secretario no pedía otra cosa que una ocasión propicia para conversar con la agradable señora de su jefe. Y siguiendo su costumbre, que estimaba un deber impuesto por

la elegancia hoy al uso, inició un flirt.

Marta parecía dar pie á que Gray soltara su pedantesca fraseología que soplabá levemente en sus oídos.

Ya se habían visto ambos en otras ocasiones pero no les fué propicia ninguna de ellas para conversar á solas.

Gray, con su prudencia y discreción habituales, desvió la plática puramente banal para comentar los ecos de sociedad que tanto interés despertaban en Marta. Seguro de la influencia de sus palabras en ella, no vaciló en intentar introducirla en el mundo galante.

—¿No ha visitado usted todavía la Exposición canina?—la dijo.—Me resisto á creerlo, precisamente allí se da cita cada tarde lo mejor de nuestra sociedad.... ¿Quiere usted aceptar estas invitaciones....?

Marta declinó la amable oferta de Gray, contestándole:

—Se lo agradezco, mas no puedo tomarlas.... no podré utilizarlas.... en ausencia de mi esposo no debo salir sola....

A Gray no le pasó desapercibida la resignación forzada de Marta en su negativa. Entonces, aprovechando esta circunstancia, cortés, se puso a sus órdenes:

—El remedio es sencillo.... Para mi sería un gran honor acompañarla....

No dijo más: John aparecía en el salón donde ellos esperaban, llevando áuestas al pequeño Tony que salía siempre al encuentro de su dócil cabalgadura.

—Aquí tiene usted sus planos, Sr. Meigan: le deseo á usted buen viaje....

—Muchas gracias, señor Gray; siento haberle molestado, obligándole á venir hasta aquí.

—Sus órdenes son mandatos para mí, señor Meigan.

—La cena está servida.—interrumpió la doncella.

—Hasta pronto, señor Gray.

—Buena suerte en el negocio, señor Meigan. Y al despedirse de Marta, la susurró:

—¿Se decide usted á visitar la exposición?

Un gesto de aquella confirmaba su simpatía hacia Gray.

Quando este último hubo marchado, Marta preguntó á su esposo:

—¿Hubieras visto con agrado que el señor Gray cenara con nosotros?

—Le supongo un hombre correcto, sin conocerle á fondo....

—¡A la mesa, á la mesa!—gritaba el pequeño. Durante la cena Marta y John hablaron de nuevo sobre el viaje.

—¿Qué, me acompañas ó no á Nevasca, vidita mia? Yo creo que Tony se divertiría mucho viendo el magnífico desfile de bosques, praderas....

—Pero John, ¿no comprendes que sería aburrido para mi pasar el día en el hotel, mientras tú te ocupas de tus negocios?

—¿No merezco pues vuestra compañía, tan agradable para mí?

John comprendía, muy á pesar suyo, que sería inútil cualquier otra tentativa para que los queridos seres que llenaban su vida partieran con él. Y llamó á la doncella:

—¡Rosario! Avise al *chauffeur* que prepare el coche para las once;... lle usted mi maleta.

Tras un corto silencio Marta dijo á su esposo:

—Tu secretario me ha ofrecido dos invitaciones para la exposición canina, ¿te parece bien que admita su compañía para visitarla?

—Te he dicho, amada mía, que desconozco su vida privada; es preferible desistas de visitar la exposición....

Eran tales sus deseos de alternar con el gran mundo, que Marta no adivinaba, en la advertencia sincera de su marido, el justo afán de que la malicia popular no perjudicara lo más mínimo á su caprichosa pero amante muñequita.

—¡Anda, Tony; á la cama, las gallinas ya duermen y tú todavía abres el pico!

Tony obedeció á su madre.

—Adiós, papaito.... Ahora me despido yo de ti, ¿sabes? pero no te olvides de despedirte de mí antes de marcharte.... No me dormiré ¿sabes?

—Adiós, buena pieza. No olvidaré tu encargo.

Tony fué á acostarse.

Los dos esposos se dirigieron al salón para esperar en él la hora de la partida de John. Este, no satisfecho con la negativa de Marta, insistió nuevamente.

—Quedan todavía dos horas para que puedas variar de opinión.... ¿Vienes? ¿Te quedas?

Ella, absorta en sus pensamientos que volaban en aquel instante sobre un hemisferio opuesto, repuso:

—¡Dos horas....! ¡Para arreglar mi equipaje necesito dos días....!

Decididamente cuantas súplicas la hiciera serian estériles.

John se puso á recorrer un periódico y Marta apoyada en la mesita que sostenia un pequeño acuario, en el que diversos peces de colores hacían cabriolas, contemplaba cómo vivían estos y cerraba los ojos para no comparar la reducida superficie de agua, en la que sólo podían moverse, con la estrechez proporcional de la cárcel del hogar. ¡Tanto espacio que había en el mundo!

La llegada de Tony la hizo despertar á la realidad.

—Papá, antes de marcharte arrégrame el molino, ¿quieres?

Marta intervino severa:

—Tony recoje tus juguetes y acuérdate de que la cama te está esperando....

—¡Mamá, déjame estar con papá hasta que se vaya....!

Vencida por el ruego de su hijito, Marta le permitió se quedara con ellos. John, lleno de gozo por la muestra de cariño de Tony, se entretuvo arreglándole el juguete, acompañado por la inocente admiración del niño.

La dulzura de esta escena de amor filial y abnegación paterna eternecía á Marta, en cuya mente se desarrollaba la eterna lucha entre el deber de la esposa y la vanidad de la mujer.

¿Es posible que al sentir halagada su frivolidad, olvide la madre sus sagrados deberes y la gratitud debida á quien por ella lucha á diario?

Hay instantes en la vida que deciden el porvenir de una mujer....

*
**

Al día siguiente.
John se había marchado la víspera, solo.



«¡Mamá, déjame estar con papá hasta que se vaya...!»

Por la tarde, se presentó Gray en casa de su jefe para, conforme fué convenido el día anterior, acompañar á Marta á la exposición canina.

En medio de la distinguida concurrencia la mujer se hallaba á su gusto y procuraba mostrarse lo más posible como para, en su satisfacción, demostrar que también ella tenía derecho á las miradas del vecino. Estaba agradecida á Gray por haberla conducida allí, donde este hacía un derroche de saludos y reverencias á gente de alto topete de su amistad. Un hombre como Gray era un joya capaz, por ella sola, de realzar la belleza de una mujer....

Y claro, Gray, perpicaz, no desperdiciaba la favorable circunstancia que, en su opinión, fatalmente cierta, le abría paso en el corazón de Marta, y dejando paulatinamente á un lado el respeto que debía á la esposa y madre, se dedicó abiertamente á su conquista.

Al final de la primera salida con él, Marta había sentido en sus nervios la vibración de los de Gray cuando ella acertaba á mirarle y él clavaba sus ojos en los de ella. Aquel juego la turbaba; era algo desconocido que la aturdió sin que pudiera remediarlo.

Al tercer día de su partida, Marta recibió una carta de su esposo:

«Después de tres largos días de separación,
»quizás llegue al mismo tiempo que esta car-
»ta, pues deseo vivamente abrazaros y rea-
»nudar la vida habitual en vuestra compañía.»

«Os abraza John»

La siguiente post-data estaba dedicada á Tony:

«Supongo que serás bueno y obedecerás á
»mamá á quien dirás que te dé un beso de
»parte de tu.—Papá.»

Estos dos escritos eran prueba concluyente

del inmenso amor que el Ingeniero tenía puesto en los suyos.

Tony cumplía la orden de su padre:

—Mamá, reclamo el beso que papá me envía por tu buen conducto...



«...Supongo que serás bueno y obedecerás a mamá...»

Marta estaba complaciendo mil veces el deseo de su marido en la carita de su pequeño, en el momento que la doncella anunciaba:

—El señor Gray pregunta por la señora.

El recuerdo del ausente fué suplido por el

del apuesto galán á cuyo encuentro se apresuró á ir Marta.

Gray, seguro de su influencia en Marta y de la debilidad de ésta, puso en práctica un plan que decidiría su victoria ó su retirada. Tomó un retrato de Marta colocado sobre una mesa de centro, hizo como si estuviera contemplándolo desde largo rato—para que la interesada se fijara en ello—y cuando supuso que la sorpresa y emoción de aquella eran mayores, besó apasionadamente la muda cartulina... Marta sintió el palpar precipitado de su corazón, cual llamadas desesperadas del peregrino que busca refugio....

Para hacer notar su presencia, Marta hubo de toser. Gray supo entonces fingir un movimiento de sobresalto:

—¡Oh, mil perdones, señora; no advertí su llegada.... De todos modos estaba conversando con usted sin ser precisamente usted mi interlocutora....!

—No comprendo....

—Muy sencillo: estaba contemplando su fotografía; es magnífica; está usted en ella como si quisiera decir algo.... Por cierto que es de las mejores fotografías que he visto....

Intencionadamente simulaba tener la creencia de que Marta no le había sorprendido en su falso arrebató pasional.

—Permítame, señora, que la ofrezca este sencillo bouquet en testimonio de mi mayor admiración....

—¡Oh, es usted demasiado amable, señor Gray!.... ¡Muchas gracias!....

Por fin se decide usted á rodearse de cuanto

tiene sabor modernista.... ese vals «Te adoro» es el último éxito de Toselli.... Debe usted interpretarlo deliciosamente.... Son partituras musicales cuya ejecución requiere una sensibilidad exquisita.... como la suya, por ejemplo....

Marta intentaba rehuir la declaración de Gray que adivinaba cerca ya.... mas él, no escuchando la voz del pudor, prosiguió:

—Es lástima que el mundo no rinda á su belleza el merecido homenaje.... claro, jamás frecuenta usted salones ni teatros....

Ella tenía su vista fijada en el suelo.... El fuego de los ojos de Gray la abrasaba sin piedad.

—¡Oh, Marta, con qué ilusión adoraría yo su hermosura de diosa con mi amor eterno....!

—Gray, repórtese usted, por favor; no levante usted la voz.... está usted soñando....

—No, Marta; ya no es posible disimularle los sentimientos que usted ha despertado en mí.... La adoro con locura, te amo más que á mi vida.... ¡Oh, Marta, leo en tí que tiempo ha que has comprendido lo que pasaba por mí cuando te veía y la fuerza irresistible que, cual imán poderoso, me sujetaba á tu contacto....! ¡Amar, Marta, no es pecado! ¡Amar es vivir! Yo sólo viviré si tú me quieres. Seré tu esclavo; tú mandarás en mí; pero ámame.... ámate, amor mio!

Marta perdió la noción de la realidad, se olvidó de todo, y por más que hizo para huir de la atracción de la locura apasionada de Gray, se le contagió ésta de tal manera que, temblosa, poseída de una fiebre que la que-

maba á toda ella, no tuvo valor para apartar de los labios encendidos de Gray, los suyos, resecos, que se unieron en un furioso beso.



«...Gray, repórtese usted, por favor...»

En aquel fatídico instante había regresado John que, desde la puerta de cristales del salón, tuvo que presenciar, por el imperio de lo

sobrenatural, la traición del amigo y la esposa.

La impresión que la aparición de John produjo a Marta es indescriptible. Quedó como clavada en el suelo, y no pudo, á pesar de sus tremendos esfuerzos, pronunciar una sola palabra para disculparse al momento.

Gray, serenándose, retó con la mirada á su jefe y se puso en guardia para precaverse contra cualquier agresión por su parte.

Disimulando, enérgico, su dolor, John salvó la embarazosa situación:

—No os asustéis..... ¿para qué disparar si la solución puede ser sencilla y pacífica.....? Ella le quiere..... usted la adora; ¿no es cierto?..... No seré pues yo quien estorbe vuestro amor.....

—Piedad, John; no hables así; por favor..... ayúdame y olvida este momento de alucinación en que me he hecho traición á mi misma.....

—Si nos desprecias á Tony y á mí es porque no eres feliz a nuestro lado..... Quiero ayudarte á que encuentres la felicidad..... en un nuevo matrimonio..... cástate pues con Gray; lejos de oponerme, favoreceré tus deseos.

—John, esposo mío..... perdón..... No me separen de tí..... ¡Dios mío! ¡Hijo de mi alma, qué he hecho!

—Está usted decidido, señor Gray, á casarse con ella, ¿no es verdad?

—Naturalmente, señor Meigan, soy un caballero.....

—Esperaba esta respuesta; me felicito de que estemos de acuerdo, pero recabo para mí un solo derecho.....

Marta no tuvo necesidad de oír en qué consistía la voluntad de su esposo y los sollozos

fueron un raudal de lágrimas de arrepentimiento.

Mas Gray, dispuesto á arrostrar las consecuencias de su desgraciada aventura, quiso poner las cosas en su lugar.

—¿Qué derecho exige usted, señor Meigan?

Tony, enterado de la llegada de su padre acudía á verle. Besándole, le decía:

—He sido muy bueno papá..... ¿qué me traes en tu maleta.....?

John estrechó efusivamente á su hijo contra su pecho oprimido por la angustia.

Gray comprendió cual era el derecho que John se atribuía.

El dolorido padre hizo mimos al niño:

—Ahora jugaré únicamente contigo..... mamá nos deja..... no nos quiere.....

Marta hecha una Magdalena imploró á su hijito:

—Tony, dile á papá que no quieres separarte de mamá..... no dejes que me eche de casa.....

En su inocencia, Tony llorando también, dijo á su padre:

—Este señor tiene la culpa de todo, papá..... distrae á mamá pues no juega conmigo como antes....

—No llores Tony.... ¿no te acuerdas que este juego lo hemos hecho varias veces.....? Ven Tony, sigamos jugando....

Tony dudaba de que el llanto de su madre fuera cosa de juego, y John tuvo que arrancarlo de allí pues era apremiante la necesidad de aliviar el peso que le ahogaba....

Marta, loca de dolor, gritó:

—¡Hijo mío.....! ¡Hijo de mis entrañas.....! ¿po-

dré vivir sin tí?

Las paredes que hasta entonces habían sido testigos de su frivolidad lo fueron también del mayor dolor de una madre que, á pesar de todo, tenía corazón.

*
**

Algun tiempo después de aquel instante de locura Marta divorció con su esposo y Gray, cumpliendo su palabra, se casó con ella.

Pocos días bastaron á Marta para convenirse de la falsa pasión que la pintaban las palabras de Gray. ¡Cuanto amor perdido...! Su vida fué, desde el día fatal, un martirio que nadie compartía con ella.

Gray, bajo su aspecto elegante se escondía un ser abyecto, degenerado por el deseo de figurar en el mundo, dándose una vida de príncipe sin reparar en los medios, quiso aprovecharse de la belleza de Marta para realizar una buena operación con uno de los que fueron clientes de John.

—Esta noche, —la dijo— el rico señor Burton cenará con nosotros.... muéstrate amable con él, porque de tí depende el que arreglemos un negocio muy productivo.... Mira.... ya está aquí.... en tu diplomacia confío.

Marta no tuvo tiempo de pedir á su nuevo esposo le aclarase lo que acababa de decirle.

Después de la cena, el rico señor Burton, al que Gray con doble intención había dejado solo con Marta, con el pretexto de ir a bus-

car unos cigarros la hizo grandes elogios y como Gray le llenara la copa algo más de lo debido durante la cena, quiso manifestar su admiración palpablemente. Fué tal su incorrección que Marta, sofocada, le rechazó arrojándole en pleno rostro una taza llena de café.

Gray volvía en aquel momento y todas cuantas excusas presentó al millonario no fueron atendidas por éste que salió de la casa como una tromba.

Por su parte, Gray también desató su cólera contra Marta:

—Magnífica auxiliar tengo en tí.... has estropeado una combinación espléndida.... La próxima vez ya sé que no puedo contar contigo....

Y salió tras el rico para tratar de convenecerle.

Marta, herida por el insospechado trato del que había sido su perdición, lloró una vez más su desgracia.

Una carta que le había caído al suelo á Gray cuando hecho una furia, se puso el abrigo para seguir al rico Burton, enteró á Marta de quien era el hombre por quien dejara la paz de su antiguo hogar. Una letra de mujer decía:

«Querido señor Gray: No sé cómo demostrarle mi agradecimiento por su interés hacia mí. Venga esta noche al teatro después de la representación y firmaré el contrato que usted crea más conveniente en lo que los dos saldremos beneficiados.

Le espera su amiga Louisa Martin»

¡Sería aquel hombre capaz de abandonarla, después de haberla convertido en una mártir, un naufrago de la vida! ¡Ah, cómo pagaba su horrenda culpa! ¡Dónde podría hallar la dicha, esa tranquilidad que es una merced del cielo, de que disfrutaba con su John y su Tony!

—¡Dios mío, tú que eres bueno por encima de todo, apiádate de esta infeliz mujer!

En un instante Marta analizó su situación; pesare á quien pesare Gray, su nuevo esposo, no había de burlarse más de ella. Y tomó una resolución: ir al teatro para sorprender á los amantes y evitar consumaran su plan.

Media noche. A la puerta del escenario agolpábanse los admiradores de la famosa diva Louise Martin. Marta quiso penetrar en él y ocultarse entre bastidores, mas no le fué permitida su pretensión y tuvo que agregarse á los que esperaban fuera á la artista.

El tiempo que estuvo esperando le pareció interminable a la infortunada. Por fin salían... detrás de la diva, á guisa de séquito, numerosos abonados se ocupaban de ella, satisfechos de haber recibido el honor de su amistad.... y Gray iba de su brazo....

La emoción inmovilizó á Marta que á no ser por ello hubiera gritado a todos la maldad del que tenía toda la apariencia de un caballero.

Únicamente al ver que Gray iba á partir con Louise en el auto de ésta, se despejaron sus labios y pudo obedecer á los impulsos de su pundonor. Alcanzándole al momento de ir á subir en el coche, le dijo:

—Felipe.... no puedes abandonarme así.... hemos de hablar.... ¿me consideras como una

cualquiera?....

Gray, haciéndose cargo de la situación embarazosa que creaba la presencia de Marta, manifestó con cinismo á su nueva conquista:

—No conozco á esta mujer, ni la he visto en mi vida....

Y para mejor disimular la comedia agregaba:

—¡Pero cómo ha podido saber mi nombre esta pobre loca!

El auto partió y Marta, desmayada, fué auxiliada por la compasión de la vieja sirvienta de la cantatriz que, sin duda, se imaginaba la tragedia....

¡Qué bueno es encontrar en nuestros más terribles trances, un ser que nos comprenda y nos consuele!

En casa de la artista era otro el lado de la vida.

Louise, creyendo en las palabras de Gray, las mismas que pronunciara á Marta, veía en él al hombre que sabría llenar su existencia agitada. Todo cuanto observaba la hacía presumir un amor sin fronteras. ¡Qué suerte encontrar un hombre así!

Mientras Gray estuvo separado de Louise, ausentándose para cumplir un encargo que ella le había hecho, la vieja criada de la diva enteró á ésta de la desgracia de Marta, que solicitaba hablarla.

Las dos mujeres, rivales, víctimas del mismo hombre, tuvieron esta plática:

—Yo abandoné al mejor de los maridos y al más hermoso de los hijos en una mala hora...

—Marta refería su triste historia—Es su modo de vivir—prosiguió—ahora pretende engañar-

le á usted.

Louise, indignada por la ignominiosa conducta de Gray, preguntó:

—¿Cuanto me ha contado, es verdad?

—Pónganos usted frente á frente y juzgue por su conducta.....

—Bueno; ahora escóndase usted ahí, detrás de ese cortinaje y no se mueva hasta que yo la avise.

Gray regresaba en aquel momento.

Louise le interrogó:

—¿Es cierto que es usted casado?

—Lo fui.....

—Me consta que lo es usted todavía.....

—Permítame que la diga.....

—Confiese la verdad....

—No.... ¡no soy casado!....

—Miente usted cobardemente.... su esposa está ahí.... ¡salga usted señora! ¿La conoce usted, señor Gray?

Este iba á contestar mas Louise, enérgica le señalaba la puerta:

—¡Fuera de mi casa; es usted un miserable! Chispeándole los ojos de rabia, Gray amenazó á Marta:

—Es el último plan que me estropeas. ¡Ay de tí si vuelves á presentarte jamás ante mi vista!

Y salió de aquella casa.

Las dos mujeres participaban de la misma allicción.

—Pobrecilla— murmuró Louise—cuan cara paga usted su locura.... ¡Qué será de su vida!

¡Su vida....! ¿qué la importaba si no podía obtener el perdón de John, su único amor ver-

dadero y el de su hijito?

Con esa esperanza volvió á su antiguo hogar. No le fué posible entrar: las puertas estaban vigiladas por criados que impedían el acceso al interior en el que debía reinar el mayor silencio posible. ¡El niño estaba gravemente enfermo, su vida peligraba; el doctor recomendaba silencio y todas las precauciones estaban tomadas!

Marta lanzó un grito: «¡Hijo mio!» Luchando denodadamente con el criado que la cerraba la entrada, logró abrirse paso y llegar hasta la habitación de su Tony. John, impasible, consultó al doctor sobre si debía ó no permitirle ver á su hijo. El Doctor opinó que la impresión que aquella le causaría podría serle perjudicial. El niño oyó los lamentos de su madre.

—¡Madre, madre, madre mia!

—¡Hijo, hijo mio!

John hizo oír su voz:

—¿Tú, su madre? Hace tiempo que perdiste el derecho á tan hermoso nombre....

—¡Hijo, hijo, hijooo....! — seguía gritando Marta.

Todo fué inútil; Marta fué arrojada sin piedad por la servidumbre.

Loca de dolor, la pobre madre deambuló por las calles; la gente la creía ebria.... ¡Oh, qué martirio!

Sin fuerzas para seguir viviendo, Marta recurrió á una solución extrema: la muerte. Sí, el suicidio la libertaría de tan grande miseria.

Con gesto de penitente que pide la redención, Marta se arrojó al rio murmurante cuyas aguas sepultaron su cuerpo....

¡Ay, que me ahogol ¡Socorro! ¡que me muerro....! ¡A mil! ¡a mil! ¡que me hundo! ¿Eh? ¿Pero qué es esto? ¿Es posible?.... Pero.... ¡si es John! ¡Hijo mio, hijo de mi alma! ¡Qué horrorosa pesadilla.

¡¡Marta había soñado!!

Su esposo estaba frente á ella medio dormido y su hijito jugaba con el molino arreglado por su padre.

Marta seguía estrechando á John y lloraba de alegría ¡Qué atrocidad de sueño! ¡Creía morir-se de veras!

Despertó á su esposo:

—Nos hemos distraído.... sólo falta un cuarto de hora para la salida del tren.

—Pues sí que es verdad.... me marchó corriendo....

—No; aguarda; he decidido acompañarte en este viaje.... y siempre iré contigo á donde quiera que vayas; ese es mi deber.... sí, John; no te extrañe mi cambio de parecer.... ¿no estás contento?

—Pero hijita..... ¡si no vamos a llegar a tiempo....!

—¿Que no? Ahora lo vas á ver..... ¡pero no te vayas solo!.... ¡eso sí que no!.... ¡yo he de ir contigo!.... ¡Rosariol....! ¡Adelaidal....! Tome usted al niño y vístalo en un minuto, Rosario.... Usted Adelaida, ponga mis trapos en la maleta...., Rosario, ¿ya está el niño?.... Aprisa, Adelaida.... Oye John, ¿qué hora es?.... No te alar-

mes, amor mio.... ya estamos. ¡Ah, ya está el niño! Por Dios Rosario, ¡se le caen los pantalones!.... Adelaida ¿qué hace usted con mi maleta?.... ¡Despache pronto mujer!.... John, estás ahí ¿no es verdad? Enseguida estoy contigo....



«¡Rosariol ¡Adelaidal!»

¿Dónde está mi abrigo?.... ya.... ya lo tengo. ¡Cierre la maleta, Adelaidal! ¡Por fin! ¿Has visto John, como también tengo energía cuando hace falta?.... ¿Ya está todo? Andando, pues. ¡Ah, el perro!... deme usted el perro Rosario. Así,

¿todo está completo?... ¿Vamos, John, adorado maridito mío?

La extrañeza del ingeniero era inenarrable. ¿Que podía haber influido en la transformación de su querida esposa?

Misterio de..... LINA MUJER.

FIN

27

(Prohibida la reproducción del texto sin mencionar procedencia)

No deje Vd. de comprar todos los números de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA y sabremos corresponderle con mayores sacrificios, invariablemente al precio increíble de 25 cts. Adquiriendo todos los números, podrá formarse la más elegante y artística GALERÍA FOTO-CINEMATOGRAFICA de las más célebres figuras de la pantalla.

¡COMPRADLA TODOS!

NUMEROS PUBLICADOS

Número	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo

Próxima novela:

Número dedicado al «AS» de la cinematografía
DOUGLAS FAIRBANKS
en su novísima super-producción

PESADILLAS Y SUPERSTICIONES

inédita y próxima a ser presentada en España.

Ilustración del texto, aumentado de
16 páginas, con numerosas fotografías

POSTAL-FOTOGRAFIA:

(?) original sorpresa

Precio excepcional: 50 céntimos

RECOMENDAMOS SU ADQUISICIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.

Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.

Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año 14 ptas.

Semestre 8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.